

de un semejante, muerte a la que se sa poco valor. «Fue cosa de repente. Yo acababa de comprar mi zarape y ya iba de salida cuando tu hermano le escupió un trago de mezcal en la cara a uno de los Alcaraces. El lo hizo por jugar. Se veía que lo había hecho por divertirse, porque los hizo reír a todos. Pero todos estaban borrachos. Odilón y los Alcaraces todos. Y de pronto se le echaron encima. Sacaron los cuchillos y se le apeñuscaron y lo aporrearon hasta no dejar de Odilón cosa que sirviera. De eso murió». ¿Por qué tan trágico final, finales? El mundo rural permite semejantes hechos. El detalle con que Rulfo lo cuenta nos hace conocer a personajes de una sensibilidad embotada por dramática existencia, vivida entre sarcasmos y silencios insoportables. Allí es donde se hace posible cualquier desgracia, cualquier crimen insensato. «Como ves, yo no fui el que lo mató. Quisiera que te dieras cabal cuenta de que yo no me entrometí para nada».

Lo que puede valer una vaca

«Aquí todo va de mal en peor». Después de la muerte de la tía Jacinta, comienza a llover y, más tarde, «apenas ayer, cuando mi hermana Tacha acababa de cumplir doce años, supimos que la vaca que mi papá le regaló para el día de su santo se la había llevado el río». Dicho así parece que todo son cosas de familia, es decir, cosas sin importancia que se dicen para que los demás las conozcan, pero que se reducen a un ámbito estrecho y ambiguo. Sigamos leyendo y veremos que no es así, que todo es cuestión de miserias y de abandonos vitales.

Este relato de Rulfo se titula *Es que somos muy pobres* y en él se nos cuenta algo al parecer anodino. La historia es que el papá le compró una vaca a Tacha, con sus once-doce añitos «con el fin de que ella tuviera un capitalito y no se fuera a ir de piruja como lo hicieron mis otras dos hermanas las más grandes». Hace unos años, en una película española, una delicada señorita sentenciaba algo así como «o me dejas en paz o me hago “pilingui”», bueno, pues eso es lo que trata de evitar el papá mejicano y para ello compra la vaca «Serpentina» para que su hija la cuide y además porque al tenerla, supone su hermano que «no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo de casarse con ella, sólo por llevarse también aquella vaca tan bonita», y luego la vaquita va y se muere. No se le ocurre otra cosa que cruzar el río por el lado malo, o sea, por donde mueren las vacas y los sargentos de policía.

Creemos que éste es uno de los relatos más deliciosos de todo el libro, también el más lamentable. He aquí la pobreza en su más descarnada realidad. Las hermanas mayores se hacen pirujas gracias a la extrema pobreza y se nos dice que la «Serpentina» estaba allí para evitar un nuevo pirujeo. La delicadeza del relato es algo de cierta sublimidad y nos ofrece, además, un humor suave y lleno de aristas. «Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala. Todos fueron criados en el temor de Dios y eran muy obedientes y no le cometían irreverencias a nadie. Todos fueron por el estilo. Quién sabe de dónde les vendría a ese par de hijas tuyas aquel mal ejemplo». Así como la familia asiste desconsolada a la muerte de la vaca, así es como se ve lo que puede valer una vaca. Pobreza. Cierta ignorancia

premeditada. Es el Llano, el lugar de la peor de las violencias, aquella que permite el hambre y la pobreza inmisericorde. «Y Tacha llora al sentir que su vaca no volverá porque se la ha matado el río. Está aquí, a mi lado, con su vestido color de rosa, mirando el río desde la barranca y sin dejar de llorar. Por su cara corren chorretes de agua sucia como si el río se hubiera metido dentro de ella». Lo que sucede es que no se mete en la chica, sino que sale de ella y al salir parece labrar su infinita desgracia: va camino de convertirla en piruja, furcia, como ya sucedió antes con sus hermanas. «Según mi papá, ellas se habían echado a perder porque éramos muy pobres en mi casa y ellas eran muy rebotadas. Desde chiquillas ya eran rezongonas. Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron cosas malas». Curiosamente, tanta es la pobreza familiar, esas malas cosas sólo puede evitarlas el capitalito que supone la tonta vaca «Serpentina» que le da por cruzar el río por sitio no indicado para vacas ni para sargentos de policía, y, claro, muere la vaca, como hubiera muerto el propio sargento con toda su autoridad. Así es el agro, que se diría ahora. La cuestión no va de abrigo de pieles, «haigas» o inversiones en dólares, todo es más sencillo, una simple vaquita puede proporcionar largo bienestar a una jovencita, su ausencia le puede reportar un lance hacia la calle, hacia la golfería y el pirujismo más desafortunados según se mire. Por su muerte, la de la vaca, la dueña «llora con ganas. De su boca sale un ruido semejante al que se arrastra por las orillas del río, que la hace temblar y sacudirse todita, y, mientras, la creciente sigue subiendo. El sabor a podrido que viene de allá salpica la cara mojada de Tacha y los dos pechitos de ella se mueven de arriba a abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para empezar a trabajar por su perdición». Punto.

Al fin, las llamas del Llano

Es una guerra. Como todas, o sea, cruel, absurda, inhabitable. Los hombres persiguiendo a otros hombres tras los matorrales, como quien, ignominiosamente, persigue a un conejo para poder merendar. Así está el asunto, ni la ONU puede con el personal, tal vez porque haya miembros de la ONU con su veto correspondiente que prolonguen, auspicien y propaguen guerra en cualquier lugar del asqueroso universo que nos ha tocado vivir, donde además de impuestos, violencias y torturas, existen las gratuitas guerras que se encargan de acabar con el paro en algunos países para tranquilidad de sus apacibles gobernantes. Como diría un señor con bufandita apellidado Umbral, o sea. Lo que es lamentable es tanta injusticia, no social, sino meramente humana. ¿Por qué enviar a la gente a los campos a que griten por ejemplo: «¡Viva mi general Petronilo Flores!» o, en el otro bando, «¡Viva Pedro Zamoral!»? Ya la tenemos, cuate. El Llano ardiendo, no sólo por el calor del sol sino por ese borboteo incesante de las armas y del ataque de los indios fieros. Este relato de Juan Rulfo se titula *El Llano en llamas* y da nombre al libro como segunda parte de *Pedro Páramo*, constituyendo hasta la fecha indicada de su publicación la obra completa del escritor mejicano. Ahí es donde vuelve a entrar Carlos Fuentes, como en las comedias de enredo. En el mencionado artículo de Fuentes también decía que «El carácter social de la novela no puede constreñirse a lo que, celebrándolo, lo impide; la repetición de

moldes que acaso describen la geología de una sociedad, pero no la función dinámica, imprevisible, de la misma». No son moldes. Son dramas, incluso estudiados como parte de la historia necesaria de las jóvenes repúblicas para buscar su propia personalidad y su evolución. Pero ello implica un alto grado de violencia, o sea la sangre esparcida en la patria de todos para lograr un futuro mejor. Tal vez cosas del colonialismo que supiera orientar de mala manera la independencia y la vida privada de las futuras comunidades nacionales, tal vez cuestión de un desamor. Hombres y mujeres muriendo inopinadamente en ese Llano en llamas, cautivo de la dinamita y de los más recientes odios. Es como en cualquier guerra civil, aunque en Hispanoamérica, como deliciosamente se leía en las enciclopedias franquistas, las revueltas campesinas o las insurgencias cristeras (véase *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa, en un contexto más preciso) daban lugar a unos héroes más magníficos, casi de cierta mefistofelia, por algún tipo de secuela criminal en su afán de exterminar a los enemigos, presuntos enemigos ya que querían lo mismo por diferentes caminos, de la esquina. Esta esquina seguía siendo la patria de todos, patria derruida por el cañón y el odio, por la pólvora y la crítica exacerbada, por la munición extranjera y la violencia más cruel. En nuestra guerra civil, hermanos combatían contra hermanos, cuestión de edad, y se mataban en el mismo frente, aunque minutos antes hubieran jugado al fútbol en Zarzalejo. Los generales bajitos estaban en Burgos dedicándose a las llamadas guerras de trabajo con chuletas de buey a la «normandíe» y vino de la Rioja aún roja. Cosas de la guerra.

Pero, hablando en serio, ¿a qué tanto desamor? Sí, para eliminar el paro y los peatones. Pero no por otros verdaderos motivos. La libertad, repetimos otra vez a Fuentes, es que se respeten nuestras ideas respetando las ideas de los demás, lo cual pocas veces se logra, ni siquiera con gobiernos de izquierda, y menos aún con el actual PRI (Méjico D. F.). Y la cosa en las guerras no está para bromas. El tiro en la espalda suele ser la mejor solución. Así se están ganando muchas guerras últimamente. Y las que se ganarán...

Nada menos que Urbano Gómez, acuérdate

Una familia distinguida, distinguida por su desgracia. Urbano Gómez era hijo de don Urbano. En *Acuérdate* se nos relata la historia de una familia digna de alguna suerte, pero atareada en meterse en todos los problemas de su alrededor hasta conseguir su propia destrucción. Otra vez, la miseria haciendo de las suyas. Por ejemplo, al Urbano mayor también le conocen por «el “Abuelo” por aquello de que su otro hijo, Fidencio Gómez, tenía dos hijas muy juguetonas: una prieta y chaparrita, que por mal nombre le decían la “Arremangada” y la otra que era retealta y que tenía ojos zarcos y que hasta se decía que ni era suya y que por más señas estaba enferma del hipo». Otra buena noticia es la de la madre del Urbano menor, «le decían la “Berenjena”, porque siempre andaba metida en líos y de cada lío salía con un muchacho. Se dice que tuvo su dinerito, pero se lo acabó en los entierros, pues todos los hijos se le morían de recién nacidos y siempre les mandaba cantar alabanzas, llevándolos al panteón entre músicas y coros de monaguillos que cantaban “hosannas”

y “glorias”, y la canción ésa de “Ahí te mando, Señor, otro angelito”. De eso se quedó pobre, porque le resultaba caro cada funeral». Luego está su cuñado Nachito Rivero, «aquel que se volvió manso a los pocos días de casado y que Inés, su mujer, para mantenerse tuvo que poner un puesto de tepache en la garita del camino real, mientras Nachito se vivía tocando canciones todas desafinadas en una mandolina que le prestaban en la peluquería de don Refugio». Bueno, a Urbano lo expulsaron de la escuela y su vida tuvo otra lindeza hasta que se cabrea con su cuñado Nachito cuando se le «ocurrió ir a darle una serenata» y le mata. Poco después Urbano es detenido y... «dicen que él mismo se amarró la soga en el pescuezo y que hasta escogió el árbol que más le gustaba para que lo ahorcaran». Parece mentira que las cosas puedan ser de esa manera. Rulfo nos relata un universo de pura desgracia, de esa represión continua que es la vida para quienes viven al amparo de su propia incertidumbre. Una familia ejemplar donde todo es posible, hasta una serenata de muerte y dolor.

Conclusión. Otros textos

Por las páginas de cualquier relato de Juan Rulfo desfila la vida, esa vida a veces ignorada y calenturienta que se adormece en las garras de los peores dramas y de las más absurdas desgracias: la pobreza, el hambre, la incomprensión, esa porción de violencias invertebradas capaces de deshabitar cualquier geografía. Pero si en *Pedro Páramo* asistimos a una incesante búsqueda y nos vemos envueltos en la desventura de todo un pueblo, en las narraciones de *El Llano en llamas* asistimos al fin de toda esperanza, porque cualquier situación conduce a la muerte y a la desunión. De lo real a ciertas situaciones fantásticas, Rulfo nos va conduciendo por las sendas al mundo de los campesinos que él conoció en su infancia en Jalisco, lejos del festivo ambiente de los mariachis estereotipados y folcloristas que ciertos gobiernos mejicanos fabricaron para consumo exterior, mientras que el PAN no cesa de acusar al PRI de fraudes electorales, de corrupción, de amiguismos, de abusos de poder, de violencias institucionalizadas y de represión.

Juan Rulfo, que ha escrito poco, algo más que los relatos aquí comentados, es ya un clásico de nuestro idioma y, a la vez, se identifica con los testimonios de su tiempo haciendo de su profesión de escritor una labor en permanente defensa de los humildes y los sin techo, haciendo ver que el Méjico moderno también sufre de los desequilibrios de otras naciones más pobres y que estados como Coahuila y Jalisco deberían requerir una mejor atención para evitar que los campesinos se desesperen, vean cómo sus hijos mueren de hambre o se sientan agonizar mientras labran incesantemente una tierra que nunca será capaz de dar un maldito fruto. De Juan Rulfo podría decirse aquí y ahora lo que su compatriota Carlos Fuentes decía en el citado artículo: «La vida propia y la vida de todos; no hay aventura narrativa que no sea aventura personal y aventura colectiva: experiencia y destino de uno y de todos». Esa experiencia es la que Rulfo nos ofrece en sus relatos, esa vida propia y esa vida de todos es la que nos hace comprender una parte sustancial de su Méjico malherido y taciturno. Pero, además, nueva cita del artículo de Fuentes, «La novela, dijo una vez Malraux, es la transformación de la experiencia en destino».

El libro comentado por nosotros, páginas atrás, contiene la novela *Pedro Páramo* y algunos relatos más de los referidos, y termina con dos textos rulfianos. *Un pedazo de noche* es la historia de una honestidad en el mundo deshonesto que pueden compaginar una prostituta y un enterrador, dos vidas abocadas a la soledad, con un niño en medio. «Por lo flaco que está, pienso que no ha probado bocado en toda su vida». *La vida no es muy seria en sus cosas* es otro relato de cierta imprevisible violencia. Nada más fácil que el no haber nacido para comprender las vilezas de este paraíso terrenal.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO
Francisco Rey, 2
MIRAFLORES DE LA SIERRA
(Madrid)